

NAVIDAD 2019

Nos ha nacido el Salvador del mundo.



NAVIDAD. REFLEXIÓN BÍBLICA

Meditaciones bíblicas de las lecturas correspondientes a la Misa del día de Navidad

Introducción.

A la luz del mensaje del prólogo de San Juan, el escenario humano recibe una nueva luz, puesto que en éste ha vivido el Unigénito del Padre, que es la plenitud de un don que es verdad. El hombre a veces vive entre eclipses, aspira a nueva y definitiva luz; ésta ha sido revelada en la máxima y desconcertante cercanía de Dios a él: la encarnación.

Navidad es contemplar esta maravilla de Dios en la historia y desde la fe. Las lecturas “precedentes” en modos distintos nos han alertado de este acercarse divino, que finalmente toma cuerpo. Su hablar será puro don y plena verdad en nuestra historia.

1ª Lectura: **Is 52, 7-10**

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: «Tu Dios es rey»! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén; el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios

Isaías es quien proporciona el mensaje profético en la primera lectura. En el formulario de la “misa del día” se nos ofrece este magnífico texto, donde históricamente se anuncia la liberación de Jerusalén después de la vivencia y catástrofe del exilio. La ciudad en ruinas canta y se alegra, porque el Señor la consuela. Refleja y describe una nueva “venida” de Dios a la ciudad santa, proclamada por un heraldo, y los efectos de su anuncio son la paz, la bondad y la liberación.

Es la buena noticia, pues quizás a más de uno le parecía que habían sido eclipsados, como pueblo, por los ídolos de Babilonia. Ahora se afirma nuevamente que el Señor vuelve a reinar; tal es el evangelio que Jerusalén debe redescubrir y que un día se desvelará al mundo entero en sucesivos eventos salvíficos. Todas las naciones serán testimonio, y el brazo de Dios se revelará de nuevo y será contemplado por todos, es decir, por su santidad, “su trascendencia”. Jamás el brazo de Dios había desplegado tanto poderío como en este momento histórico con la derrota de Babilonia y la liberación de Israel.

Allí donde parecía que el brazo del hombre sería irremplazable, es decir, donde el dominio del imperio de Babilonia se creía invencible e insuperable comienza a fragmentarse y a dar signos de debilidad, y al final queda destruido y pulverizado, pues era obra humana.



El hombre suele con frecuencia erguirse sobre los acontecimientos como artífice exclusivo, y en tantas ocasiones acaba confundándose él con el ritmo de los mismos y creyendo que deben obedecer a sus propios criterios. Pero en la historia hay otros polos de referencia: el destino, la suerte, muchos factores inexplicables..., sin embargo para el creyente Dios es el contemplador invisible, pero que actúa según sus planes clarividentes y tantas veces desconcertantes para el hombre mismo. Este Dios se infiltra en la historia profana y al final establece sus designios sabios, a los cuales el hombre da razón y comprende como esclarecedores. El texto de hoy confirma este sabio proceder de Dios en el curso de la historia.

Salmo 97, 1-6

¹Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.

²El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
³se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

⁴Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad:

⁵tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:

⁶con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor.

Éste concluye el tríptico de salmos sobre el reinado de Dios. Es un cántico postexílico, antológico, musical y un ejemplo de un texto histórico-escatológico en el espíritu de la mejor tradición bíblica que pone un germen de futuro dentro de la historia. El salmo mira retrospectivamente al pasado más o menos inmediato, al gran vuelco del retorno de exilio, al cual se dirige el entero arco de la historia de la salvación. El cantor recuerda la serie de acontecimientos, pero al mismo tiempo presupone otros nuevos. Así, el salmo se proyecta hacia el futuro, hacia un "adviento" que marcará la entrada definitiva de Dios en la historia.

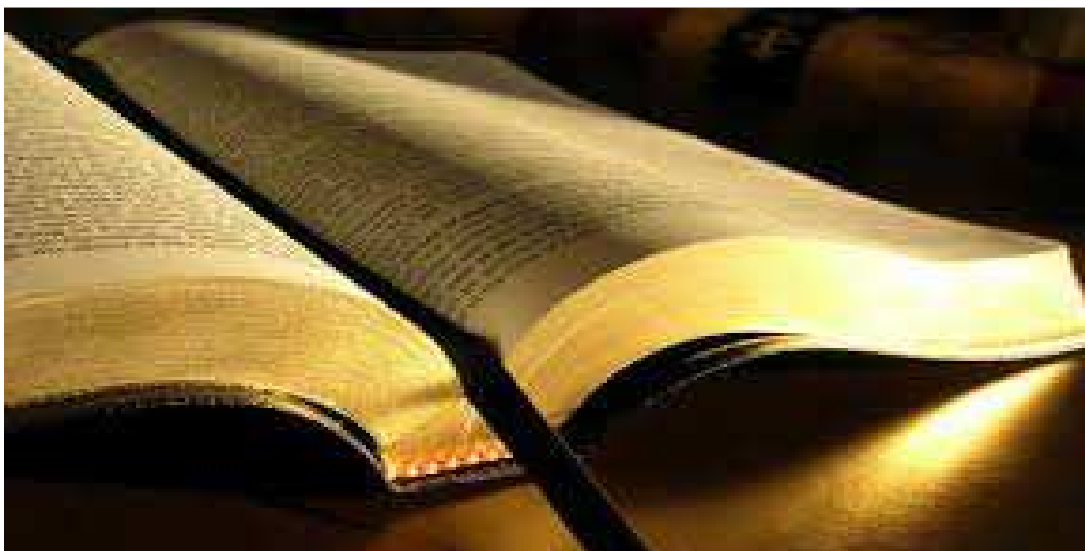
El salmo lanza la fuerza de la utopía del reino de Dios como levadura en el presente. Esta esperanza hace de la comunidad cristiana en elemento de perenne fermento en los grupos humanos, que quieren situarse en una "ciudad estable". La esperanza ve la realidad humana en las manos de Dios y en la escucha de esta promesa adquiere libertad par renovar la vida de aquí abajo y transformar la realidad en la que nos movemos.

2ª Lectura: Heb 1, 1-6

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo.

Él es el reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues ¿a qué ángel dijo jamás: "Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado" o: "Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo"? Y en otro pasaje, al introducir en el mundo al primogénito dice: "adórenle todos los ángeles de Dios".

Texto sublime este inicio de la carta a los Hebreos, auténtica sinfonía cristológica. Es la introducción o exordio de la carta. En el NT sólo Jn 1,1-18 y Jn 1, 1-4 ofrecen semejantes paralelos. Con el texto se nos invita a contemplar el gradual revelarse de Dios, sirviéndose de muchos intermediarios. El énfasis recae sobre el “hablar” de Dios, que al final de los tiempos se manifiesta en su propio Hijo, sello de su palabra definitiva.



El mismo San Juan de la Cruz comenta: *“En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado Él (en Cristo), dándonos en él el Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios o querer alguna visión o revelación, no sólo no haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad”* [Subida al Monte Carmelo, L2, cap. 22]

Evangelio. Jn 1, 1-18

Prólogo

En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio. Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella. Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino para dar testimonio, como testigo de la luz, para que todos creyeran por él. Aunque no fuera él la luz, le tocaba dar testimonio de la luz. Ella era la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo. Ya estaba en el mundo, este mundo que se hizo por Ella, o por Él, este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios. Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y

hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único, en Él todo era don amoroso y verdad.

Juan dio testimonio de Él; dijo muy fuerte: "De Él yo hablaba al decir: el que ha venido detrás de mí, ya está delante de mí, porque era antes que yo."

De su plenitud hemos recibido todos, y cada don amoroso preparaba otro. Por medio de Moisés hemos recibido la Ley; pero la verdad y el don amoroso nos llegó por medio de Jesucristo. Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; Él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer.

Estamos ante otra joya del hablar y acontecer histórico de Dios en su Hijo Unigénito. Es la gran obertura himnica al entero evangelio de Juan que culmina con la frase del v.18: *Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; Él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer.* Juan no se fija tanto en el "ver" cuanto en el "hablar", afirmando que el Hijo único, aquel que ha sido anunciado en 1,14 explica a Dios en lenguaje humano. Si el Logos se ha encarnado, habla ahora en gestos y expresiones de los hombres. Su "narrar" es auténtico porque sólo Dios es verdaderamente quien puede hablar de Dios.